

NUESTRO AMOR de Aurora Neri

Ya han transcurrido cuarenta años desde que entrelazamos nuestro amor. Bajo ese viejo olivo, rudo, tosco y centenario del chalet de tus abuelos, que aunque apenas lo recuerdes. Yo aún lo recuerdo como si fuese ayer.

El tiempo es efímero, al igual que nuestra corta vida en este mundo lleno de altibajos y preocupaciones, pero también de momentos irrepetibles. Pero solo tus abrazos, tus caricias y tus besos, perdurarán dentro de mí, hasta que exhale mi último suspiro. Sé que en el fondo aún me sigues recordando y, por lo tanto, aún no me has abandonado. Pero tu mirada perdida pone en entredicho mi templanza, que con tanto esmero he intentado alcanzar. Desde el momento en que se cruzaron nuestras miradas, en el Parque Grande José Antonio Labordeta.

Aunque tu memoria se vaya desvaneciendo con el paso de los años, yo te seguiré recordando los buenos momentos que hemos pasado juntos. Por más que el mundo nos fustigue sin sentido alguno, seguiré luchando por tus recuerdos perdidos.

No sé si te acordarás, pero tenemos tres preciosas hijas —María, Ana e Isabel— que volaron del nido hace diez años, pero siempre nos llevan en sus corazones.

Te voy a hacer un pequeño resumen de cada una de ellas, para que no te olvides. La menor de las tres, es decir, María, estudió medicina al igual que su mentor, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Zaragoza, aún recuerdo cuando se acercaba el día de la Selectividad, que estaba angustiada porque no le iba a dar la media, y tú, le acompañaste hasta la puerta como si fuese su primer día de la escuela, qué recuerdos. Qué decir sobre Ana, la mediana, que ha traspasado el velo de la vida eterna y nos ampara bajo su manto de ternura. Más no temas su pérdida porque seguirá en nuestros viejos corazones. Bueno, la mayor es Isabel, aunque supongo que ya lo habrás deducido, ella estudió ingeniería de telecomunicaciones, en el Campus Río Ebro de Zaragoza. Y lleva trabajando como jefa en una empresa a una hora de Zaragoza, además encontró allí a su primer y único amor. La celebración tuvo lugar el diecisiete de agosto de dos mil tres, en la parroquia de San Pablo. ¡Qué bonitos recuerdos!

Y ahora te hablaré sobre nuestro enlace matrimonial, de cómo comenzó y finalizó ese momento tan fugaz. Todo comenzó con una visita a la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, donde estuvimos dialogando durante horas y horas, hasta que el sol resplandeciente se ocultó en el horizonte y llegó el momento de retirarnos para el día siguiente.

Al alba nos fuimos a una pequeña floristería, donde encargamos las flores para la boda y una corona adornada de peonias níveas. Al anochecer dimos un paseo por la Aljafería y eso me trajo recuerdos de aquel día, del primer baile que tuvimos en aquel patio marmoleado. Sin dudar, el momento más hermoso fue cuando te acercaste, me miraste fijamente a los ojos, extendiste la palma de tu mano y me invitaste a bailar a la luz de las velas, acompañada de esa dulce melodía que aún rememoro dentro de mi ser.

Antes de continuar con este relato, he de ir a hacer unos recados. Pero no dejes que un impulso en vano nuble tu porvenir y, en vez de ello, piensa en el mañana. No te desanimes, porque pronto volveré para seguir con esta historia interminable.

¿Por qué? Pedro, amor mío, has tenido que abandonar esta vida antes de tiempo, de forma innecesaria y habiendo cometido semejante atrocidad.

Rezo a Dios y a la Virgen del Pilar, para que perdone tu alma desdichada. ¿Qué acto tan infame habrás acometido, para llegar a este punto sin retorno alguno? Eras mi lucero del Alba, que iluminaba mi estancia en esta vida, llena de amargura, pero estando contigo la tornabas de rosas y amapolas. Al ver tus ojos pálidos como la noche misma, no puedo evitar romper en llanto y sostener con fuerza tu álgida mano sobre la mía. He de hacer un gran esfuerzo para dejarte marchar, aunque de una forma u otra volveré a tu lado. Pero yo te recordaré como ese hombre de saber, apuesto y galán, rebosante de alegría y con una mirada centelleante en tus ojos de esmeralda. Al que en sus ratos libres le gustaba galopar con Felipe tu noble caballo.

Ya han pasado cinco años desde que te fuiste y aún sigo llevándote rosas, amapolas y rezando por ti. Aunque creo que está llegando mi hora porque siento cómo el palpito de mi corazón se va apagando, de forma lenta y dolorosa, pero me congratulo de haber cumplido mi cometido, en este universo infinito.

Pero antes de partir y dejar este mundo atrás, hijas mías, me gustaría que rezaseis por mí, por vuestra querida hermana y por vuestro padre —que en paz descansa— tres Aves Marías, en mi lecho de muerte y cuando abandone este cuerpo. Os ruego y os reclamo una rosa de azucena.

Ya es hora y he de partir, por eso, despejo mi mente, desisto de mi espada y, por último, me entrego a ti, para dejar este universo en calma, sin preocupaciones. Me despojo de todo mal recuerdo, hecho o dicho, que haya podido causar en este mundo terrenal.